

Basado en hechos reales



El melocotón

Hoy he mirado un melocotón, un melocotón rojo, naranja, amarillo, verdoso, rojillo, naranjilla y amarillento. Lo he mordido y he visto que no sufría, que brillaba y resplandecía. También cómo se reconstruía con cada mordisco, como si se quisiera presentar a mí en la mejor de sus formas, a mi entera disposición.

Pasados unos días me he visto en la misma situación.

Juffage

Era lunes y a Juffage le apeteció dar un concierto. Escogió un lunes no festivo ni víspera de festivo en. Al llegar a la sala se le averió la guitarra, que quedó sin uso posible, aparte del de estamparla contra el suelo para expresar su ira. Con otra guitarra y la sala ya llena, después de hacer varias pruebas de sonido, decidió no dar el concierto. Argumentó además otros problemas técnicos. Él hablaba y tomaba todas las decisiones porque solamente él componía el grupo, o como se le quiera llamar a la formación musical hecha por una sola persona que toca varios instrumentos a la vez. Dijo «I'm really sorry», recogió todo, a los asistentes se les devolvió la entrada, estos se acabaron sus bebidas y el lunes volvió a ser lunes.

Aquel melocotón

El melocotón que no me comí aquel día, cuando era un niño, me mira hoy hastiado. Respondo a su mirada contestándole que si dije que no me lo comería, nunca me lo comeré. Por fin, después de tantos años, se pone mustio y va desapareciendo hasta que solo es tierra. Y del árbol que sale de él, recojo todos los melocotones y dejo uno, porque sé que aun está ahí, esperando a que me despiste, a que flaquee, a que me confunda y me lo coma. Lo dejo ahí tirado y mientras me voy con los demás, le digo:

— Melocotón, no te comeré ni a ti ni a tu resplandeciente y apetitosa piel de melocotón.

Deportista

Soy de élite.

Juego en ligas de barrio, provinciales como mucho, en divisiones bajas dentro de esas ligas, con y contra equipos malos llenos de gente que apenas puede correr, pero

yo

ser

soy de élite.

La mujer de Correos

La gente desconocida siempre me ha despertado interés. Pero no toda ella. Solo la que interactúa. La que tiene ese toque, la que se atreve a mirarte y dedicarte unas palabras. Y tampoco incluyo las palabras típicas de cortesía, las palabras medidas, aprendidas, predecibles y esperables. Esas me duermen.

Por eso la mujer de Correos me animó a seguir escribiendo. «Y, ¿por qué no? Hombre de poca fe...», me dijo, como si tal cosa, cuando le dije que mandaba unos relatos y que no esperaba ganar. Le prometí, después, casi creyéndome que lo tendría que hacer en unas pocas semanas, que le llevaría el relato que algún día ganara, si es que ganaba algún día. Después de esto es cuando me soltó ella su frase.

Hablamos algo más, creo que incluso se sobrepasó. Eso es lo que hacemos los desconocidos cuando descubrimos que otro desconocido ha resultado ser un desconocido del selecto círculo de los desconocidos que hablan con desconocidos, es decir, de nuestro círculo por la dicha que nos produce ese encuentro. Se metió con un cliente, aunque ligeramente y sin que se enterara. Solo me habló a mí en bajito, mostrándome ese toque de intimidad frente a los demás. Bueno, en realidad no sé por qué lo hizo, quizá simplemente fue gracioso y yo le doy demasiadas vueltas a todo. La verdad es que tuvo su chispa.

¿Por qué busco el aliento y el ánimo en personas cuanto más desconocidas mejor? Supongo que mi yo escritor, si es que existe de verdad, cree que dentro de unos años vivirá de ellos, de los desconocidos que se fascinan con mis escritos, libros y poemas. Para esto, en cambio, me valen desconocidos del círculo del que hablaba antes y también de fuera de él. Además, está el hecho de que uno no se fía nada de sus allegados: cómo van a decirte, o incluso a pensar realmente, que lo que haces es una auténtica mierda. El apego está ahí y a veces no se puede superar. Pero, eso sí, gracias igualmente.

La chica del relato

Ella se emborracha para poder creérselo. Yo llevo todo mi discurso preparado, de otras veces tan idénticas. Mientras me habla de vete a saber qué y me suelta algo sobre una primera vez, pienso algo que le voy a decir para que ella me dé una respuesta a la que yo voy a responder otra cosa que la va a dejar sorprendida. Además de la sorpresa, directamente, le va a fascinar mi seguridad, indirectamente. Pero no es seguridad, sino una mueca en mi cara que finge serlo. Yo solo me estoy riendo de ella.

«Le dará otro trago al vaso en el próximo medio minuto», pienso. Y conforme lo pienso, la miro, como para que lo haga. Me sonrío. Casi pienso que puedo controlarla con mi mente. Supongo que estará pensando que esa sonrisa me parece dulce e incontenible, pero en realidad esa sonrisa no tiene valor para mí. Yo solo me estoy riendo de ella. Entonces le da un trago y mi risa aumenta.

Se lo está pasando bien, y esta noche no se lo esperaba. La cara de muermo que tenía cuando la he visto ha sido lo que me ha hecho acercarme a ella. Sabía que me lo podía pasar bien.

Como siempre, me intento engañar, pensando que esto va a durar mucho más, pero nunca puede ser así. Siempre me obceco en pensar lo mismo, y siempre hay que acabarlo.

Al poco me acerco a ella. No aguanto ya. No puedo disimular esto más. Tengo que dar rienda suelta a la carcajada interior que llevo conteniéndome casi una hora. Creo que esta es la forma adecuada y elegante de hacerlo. Una última mirada y me sorprende: parece que a ella hasta le apetece de verdad; creo que esto me va a hacer reír toda la noche.

Contemplación

Bajarme películas para cuando me apetezca verlas,
comprándome libros para cuando me apetezca leerlos,
organizando papeles para cuando me apetezca estudiarlos,
apuntando eventos para cuando me apetezca ir,
pero mirando.

Alégrate, hombre, qué serio estás

— ¡Amsterdam!

— ¿Eh?

— ¡Amsterdam! —su amiga se interpone entre las miradas de Laura y mía.

Su amiga cree que me conoce del bar de ayer. Me dice, me repite y me vuelve a repetir, más de lo necesario, que estuvo hablando conmigo sobre un viaje a Holanda. Le digo que no la conozco de nada y vuelvo mi atención a los músicos.

El concierto acaba, pero no su entusiasmo por las causas perdidas.

— ¡Amsterdam!

— ¿Qué? —digo, medio sonriendo, intentando, a pesar de su pesada insistencia, ser simpático.

— Sí que eres tú..., ayer estuvimos hablando, ¿no te acuerdas?

Un rato después, aburrido ya de negar y sin encontrar una forma de hacerlo que la callara, se me ocurre la idea de dejarme llevar y seguir la corriente, gobernado por la graciosa idea de que tanto rollo podría explicarse por sus ganas de entablar conversación de sábado noche conmigo; además, una chica tomando la iniciativa es un fenómeno muy novedoso para mí. Opto por dejar esa posibilidad viva, aunque solo sea por confirmarlo (la chica, en realidad, no me atrae nada) y me quedo ahí, expectante, mientras sigue la rara conversación y mis amigos se van despidiendo.

A su lado, la rubia comienza a introducirse en la conversación, añadiendo algo de variedad al ya quemado tema del viaje a Amsterdam. Resulta ser más guapa, más mona, y ha conseguido apartar la monotonía de la conversación. Enseguida otros dos amigos suyos se unen a la conversación, aunque esporádicamente. La rubia tiene labia, no muy especial, pero tiene —menos sosa que su amiga—. Me siento a su lado y, con bastante diferencia, es ella la que lleva el mando de la conversación durante unos minutos. Aunque comencé sin ninguna expectativa física, el acercamiento, la poca gente que queda en el bar y su pasión al hablar empiezan a levantarme el ánimo obsceno; pero me mantengo tranquilo y contento: no se me nota nada.

Uno de sus amigos, algo peculiar, insiste en que le dé mi opinión, delante de ella, sobre el nivel de atracción que ejerce hacia mí. Con tretas malogradas, rehúso indirectamente a responder a tal estupidez. No entiendo nada, y no comparto tales niveles de bajeza para ligar una noche, pero me veo capaz de ponerlos en práctica en pro de un final feliz.

Una vez fuera del bar, van desapareciendo paulatinamente todos los amigos de la rubia, incluida su amiga, la del bulo de Amsterdam. Al despedirse, creo ver complicidad entre mis intenciones y el mensaje de su sonrisa, al cual doy validez por tratarse de amigas, al parecer, bastante íntimas. Ascenden así unos grados mis esperanzas pervertidas.

Se suceden temas de conversación como la sociedad y la educación, y se acaba con el cine: de autor, de culto, clásico, francés... Aquí se comienzan a activar mis dispositivos mentales de defensa y huida, pero una vez más escojo no hacerles caso —a los dispositivos—, no tengo nada que hacer en los próximos cuatro días y me apetece probar suerte. Pienso que, a una mala, esta aventurilla podría inspirarme una letra de una canción o darme una idea para escribir. La rubia es capaz de hablar de cualquier tema largo y tendido y, a decir verdad, con bastante fuerza. Me parece que acentúa la pronunciación cuando utiliza palabras como *vehemencia*, *dispensar* y *volátil*; desconozco si por puro placer pretencioso, para impresionarme y ganarse unos puntos o con ambos propósitos. No me importa mucho, por ahora me mantiene entretenido y las ilusiones carnales están ya en la cúspide: lo he notado al verme aprovechando cualquier despiste suyo para mirarle el culo y las piernas, con resultados bastante satisfactorios. Durante la última media hora solo he sido un espectador de sus conversaciones. No sé hablar de cine y mi única aportación ha sido decir que no puedo hablar mucho de cine porque nunca presto atención a los nombres de directores ni de películas.

Inducido por las ilusiones principales, les sigo, a los tres que quedan, de antro en antro, hasta que nos ponemos en camino de ese bar que sabemos con seguridad que estará abierto un miércoles a las tres de la madrugada. Por el camino perdemos a su tío; ya solo tiene que marcharse uno. En mi cabeza todo encaja: ella está haciendo un poco más de tiempo para que lleguemos al bar y nos conozcamos un poco más, cuando entonces decidirá dejar ir a su último amigo.

De repente caigo en que aún no la he visto sonreír.

Ya en el bar, lo primero que hace es irse al baño. A continuación, tiene lugar la típica conversación que se da siempre que se sucede una situación de estas características, y que es, en realidad —porque es lo más real, sino lo único, que hay en la noche—, lo que subyace a tantas horas nocturnas de palabrería y falsa tímida adulación, que tienen la finalidad de hacer —aunque no sea el caso— adecuado al hombre ante la mujer.

— Yo la he conocido esta noche, tío...

De repente, comprendo la extraña situación al completo y todas mis pretensiones se desvanecen.

— Oye..., yo rivalizaría contigo, pero creo que esta chica tiene las cosas muy claras..., yo creo que nada, ¿no....? —me dice con un semblante no visto hasta ahora.

— No, no, tranquilo... yo soy como una escoba, tú a por ella —le respondo más convencido que nunca.

— Ya ves, vive con su pareja de 42 años..., yo creo que esta nada...

— No te preocupes, yo estoy aquí porque no tengo nada que hacer en los próximos cuatro días...

— ¿...?

Vuelve del baño. Le devuelvo el paraguas que le estaba guardando. Ya sin ficción en el horizonte, me planteo irme, pero, en cambio, decido quedarme un rato: me apetece ver cómo reacciona ante la vía libre que le he facilitado. Le invita a una cerveza; yo no pido nada. Se sorprenden de que vaya a estar en un bar sin pedir nada y me hacen algún comentario. A mí me sorprenden sus comentarios.

Para mi decepción, otros dos desconocidos se agregan al grupo, aunque uno de ellos se volatiliza pronto. Ante el monopolio femenino de la conversación, pese a ser una frente a tres, y el absurdo de la situación, empiezo a aburrirme vertiginosamente. Deduzco que los dos hombres que tengo enfrente tienen un mínimo ápice de acabar la noche acompañados, lo cual me causa cierta pena solidaria durante un instante. Me entran ganas de jugar al ajedrez.

Se suceden una serie de momentos sinsentido, esos que ocurren cuando se une el exceso de volumen de la música a la insuficiencia de interés de unas personas por otras. Entre todos esos ruidos, consigo oír:

— ¡Alégrate, hombre, qué serio estás!

Folio en blanco

Hoy me he levantado y he organizado todas mis creencias. Con ayuda de algunos periódicos, he afianzado mi repulsa hacia las últimas maldades que se están cometiendo, a la vez que realizaba algunos ejercicios recordatorios de los horrores a los que puedo verme sometido, teniendo en cuenta dónde vivo.

Cuando he acabado, antes de actualizar algunas ideas que puedo tener anticuadas —con ayuda de algunos noticiarios alternativos—, he recordado mis miedos personales y algunas penas y tristezas.

Luego he hablado con unos amigos para que me pongan al corriente de las novedades que se me han pasado por alto, no quiero que me pille el toro sin opiniones. También les he expuesto mis puntos de vista sobre los temas que han surgido, siempre razonando y argumentando las ideas en base a toda la información que he oído o leído durante la mayoría de los años de mi vida.

No he dado la razón a nadie que tuviera una opinión distinta a la mía; con todo lo que sé, está claro que los demás están equivocados y yo no.

Al final del día, no sé por qué, estaba agotado.

La fiesta

Llego como de puntillas a la fiesta: si hago mucho ruido podría levantar demasiadas expectativas. Y no hace falta ni que salude, ya están todos hablando unos con otros. Algunos me miran de reojo, pero vuelven rápidamente la vista a sus grupos: ¿romper el hielo otra vez para quién sabe si una total ausencia de química? Bastante música de fondo, algo de ruido y conversaciones que ya he oído en otras fiestas. Me uno a un grupo, aprovechando que no me hacen mucho caso y siguen a lo suyo, y me pongo a imaginar lo que se va a decir a continuación. Al poco, viendo que acierto casi todo, empieza a entrarme la risa, de modo que paso de ser invisible a ser penetrado por las miradas disuasorias de cuatro forajidos a punto de desenfundar. Enseguida se me pasa el subidón de tal tontería, así que busco asiento en un hueco de un sofá, desde donde me pongo a observar. A lo lejos veo a unos manejando y compartiendo diferentes sustancias delusorias, supongo que para pasar la fiesta de una forma más amena y evasiva, pero justamente por sus efectos sólo consiguen crear expectación alrededor. Toman un poco de esto, de aquello y de lo otro, que no se acaba nunca, y parece que así soportan mejor a ese grupo que no para de insistir en preguntarles sobre sus viajes siderales, con una curiosidad de primera categoría que no ha vencido, todavía, las decadentes enseñanzas de su pasado. Al fondo está el grupo más numeroso: quince cuento en total repantingado en mi humilde trono. Estos, mucho más correctos, se intercambian bebida y comida, se ríen a medio gas, se sonríen incesantemente, y miran hacia dos o tres puntos, los cuales se encuentran sostenidos en el aire. Ese pequeño cosmos armónico no tiene fisuras. Me acerco buscando algún hueco por donde asomarme al interior de aquella circunferencia vacía, pero ninguno está dispuesto a cambiar la compañía de al lado por una desconocida. Eso me lo dicen su codo disimulado y la sonrisa intranquila que lo acompaña, que yo compasivamente decido traducir en disculpa, ahorrándose así las palabras que no consiguen pronunciar. Desconocedor yo del cansancio, consigo meterme entre dos chicas y exhalo un ruido hueco incomprensible que pretendía querer decir «Hola», mientras agacho la cabeza para seguidamente pasar a mirar hacia uno de esos puntos flotantes. Por suerte, enseguida comprendo que lo que estoy sufriendo es el primer síntoma del contagio y, sin pensarlo dos veces, me doy la vuelta y salgo rumbo al sofá sin mirar atrás.

Se me va un largo rato ensimismado en mi típico silencioso asombro con la única interacción de pasar un bol de hielos. A mi lado dos chicas y dos chicos llevan demasiado tiempo dándole al juego que no pasa de moda. Ni siquiera se han dado un beso. No me molestan, claro, pero estarían mejor en otro sitio. De repente pienso que podría ser mi postura la causante de que nadie se haya acercado a hablar conmigo todavía. Quiero parecer accesible y, ya que no voy muy bien vestido, tendría que esforzarme por conseguir una posición abierta y clara, sin pasarse de dicharachera, que no eche atrás, unos gestos unisex, que atrajeran a chicos y chicas. Eso les haría pensar a ellas que mis intenciones no son las básicas, y a ellos que podrían hacerse amigos míos para ir de caza nocturna. En realidad solo me interesa que las tías de la fiesta piensen que quiero socializarme con cualquier sexo, pero si no tengo mucho éxito por mi cuenta, no me vendría mal un amigo pasajero para la aventura de la conquista contrarreloj. Después de otro rato cambiando, adopto una posición que considero idónea para hombres y mujeres, y espero durante un cuarto de hora, con una sonrisa de todo punto discreta y

haciendo como que siento la música, pero en silencio y paz, muy interiormente: que se note que aparte de ser social e ir a fiestas también me he labrado una elevada espiritualidad. Noto que he pasado a escuchar la música, sin pretenderlo, al acabar aburrido de las conversaciones ajenas. Tengo dificultades, y hasta dolores, para mantener la compostura porque lo que suena es una mierda, pero nunca se sabe a quién pueden gustarle estas canciones y no quiero hacerle un feo. No descartemos a nadie. Incluso la chica más fea o aburrida puede servirme, aunque sea de lanzadera a amigas tuyas más guapas o interesantes. Manejo la posibilidad de que mis pensamientos monosexuales se trasluzcan a mi forma adoptada y las mujeres vislumbren mis bajas pretensiones. También se me pasa por la cabeza que quizás nadie esté deduciendo tantas cosas de mi postura, y deba llevarla al extremo para llamar la atención de alguien, pero corro el peligro de descubrir rasgos de mi interior demasiado profundos para una reunión de esta índole, ya sea a través de mi mirada, mis movimientos al seguir el ritmo de la música o la serenidad al acariciarme suave y reflexivamente la barba, todas ellas habilidades características en mí. Es complicado concordar, sin mediar palabra, mis miedos y vergüenzas con los miedos y vergüenzas de los demás. Si hay que añadir los gustos, la dificultad es de niveles estelares. Es más, constato que llegado a este punto de mi vida, esta fiesta, no sé si lo que debería ser es complementario o suplementario en ese aspecto. Me entra un calor por la frente y las sienes: la duda está ardiendo. Esto me suele pasar cuando me doy cuenta de que realmente no sé cómo funcionan ideas tan elementales y usadas por mí en el día a día. Sobre todo porque me doy cuenta de que puedo haber estado equivocado una eternidad. Ya no quedan hielos. No olvido que debo compaginar todo esto con no parecer un flipado, pensamiento que viene a la cabeza como una salvaje sacudida y me deja aturrido. Rápidamente entro en conciencia de lo estúpido que estoy siendo, y me planteo si además lo estaré pareciendo. Decido entonces, como si hubiera tenido una iluminación, actuar con naturalidad, pero un nanosegundo después recuerdo eso tan interesante que leí en uno de esos libros orientales que imprimo últimamente: que la naturalidad no se puede pensar, ni programar, que dejo de ser natural en el momento que se convierte en una decisión. Estiro piernas y brazos y resoplo. Miro al suelo y veo más basura que piernas. Otra vez me he puesto a pensar.

Tres chicas de recuerdo

I

Más de diez años después he olvidado toda la noche, excepto esos cinco segundos. Se me acercó sonriendo y me sugirió que fuéramos al baño. La discoteca pinchaba una canción de dos jovencitas lesbianas; las cuatro —las lesbianas, la canción y Sonia— se llevaban por aquel entonces todos los vítores. Me atreví a rechazar su invitación, porque para mí lo máximo en aquella época era salir de fiesta con mis pantalones de rapero, y ya los llevaba puestos.

II

He pasado casi todo el día viendo cine y sin dejar de pensar que ya no sé disfrutarlo como de pequeño. Ahora capto cualquier sensación de los protagonistas y las intenciones del director con cada escena, los análisis y los juicios rebotan por mi cabeza sin parar. Preferiría ver las imágenes que llegan a mis ojos sin interpretaciones fusilándome. Después de cada película he pasado unos veinte minutos tumbado desentrañando y asimilando todos los mensajes.

De camino al bar donde habíamos quedado, al observarme dando pasos en soledad, me han venido a la mente aquellos momentos de guerra fría colegial en los que unos y otros intentaban imponerse sobre otros y unos acelerando el paso o entrometiendo la mano y la voz con la excusa de ofrecer el relato de la mejor de las historias vividas por un ser humano. Estos amigos, o compañeros, iban orientando sus vidas hacia el enfrentamiento con los demás, y ya empezaban a poner en práctica métodos para hacerse con el primer puesto social, mediante la exageración de la visibilidad de uno mismo y la invisibilidad del de al lado.

¿Es eso que cae una hoja o un pájaro? Si pienso en una hoja, parece un pájaro. Y si pienso en un pájaro, veo una hoja. Esta mañana no hay nadie por la calle, como en otros domingos. Solo aparecen individuos corriendo o parejas paseando y la mitad son visiones provocadas por lo que tomé anoche. Encima, esos dos se han puesto a discutir. No he podido evitar, cual padre empedernido en sus labores salvadoras, lanzar unos alaridos con un mensaje, a mi parecer iluminador, sobre la inutilidad de las discusiones y sus causas profundas. Sin éxito: aprenderán discutiendo que no hay nada de lo que discutir. Y qué hay peor que una pareja discutiendo. Ya casi nunca me apetece discutir, aunque la chica de antes era muy dura y he accedido. Dudo que me llame. Me ha costado mucho convencerla para intercambiar teléfonos. Para los besos menos. Qué labios tan tiernos, ¿la volveré a ver? Claudia, creo...

III

Cené con ellas en un sitio cualquiera; con ella y su madre. Invité. O, más bien... pagué. Las que me invitaron fueron sus miradas. Cuando la cajera anunció el montante de euros, sus ojos las convirtieron en cámaras de seguridad apuntándome: que están allí, viéndote, pero a la vez no. Me pareció haber pedido tres menús para mí. «Míralas, parecen dos gatitas hambrientas esperando que su papito les dé de comer...», le oí decir a mi contaminada mente. Procedí con un billete de veinte y algunas monedas, era lo que aún quedaba en el bolsillo del sueldo de la última semana.

Basado en hechos reales

Por la extrañeza de la situación y mis sensaciones, al día siguiente me curé en salud escribiendo hasta la frase anterior. Si algo salía mal siempre podría transformarlo en un texto más y, sin mucha maldad, hacerlo público. No creo que se entere, estoy casi seguro de que Paola leía lo que yo le daba, pero no creo que nunca se moleste ella en buscarme.

Ligeramente erótico

Son algo más de las nueve, cuando empieza a ser de noche, pero aún está atardeciendo. En un pegajoso día de agosto este es el momento perfecto para salir de casa. Después de haber pasado el día en la terraza del ático entre cervezas y algún cruce de miradas, creo que refrescarme en la playa me vendrá bien. Todos coinciden en esa idea, aunque ellos no tienen problema en retozar con sus parejas, ni en público ni en privado. Decido quedarme sentado disimulando con el móvil mientras los demás van levantándose y cogiendo las toallas para salir. Llevo un rato con la mirada perdida imaginándome cosas que nunca te haré y con el bañador se nota demasiado.

En menos de un minuto consigo tener todo bajo control, aunque sigo siendo consciente de que no estoy fuera de peligro. Ya se sabe lo caprichosa que es la mente cuando se pone a desear objetos o personas. Cuando me levanto, empiezo a pensar en el momento en el que, cogiendo una lata de la nevera, nuestras manos se han chocado. No me acordaba de que podía ser tan susceptible al roce de tus dedos en la palma de mi mano y, a la vez, empiezo a dudar que tú hayas pensado que en ese momento yo te habría follado justo ahí, contra la misma puerta de la nevera, aunque estuvieran todos en la terraza. No se habrían enterado, con haber sido rápidos y silenciosos habría sido suficiente.

Cojo mis cosas, actuando como un autómatas para evitar crear pensamientos, y salimos del piso. Por hacer el tonto, nuestros amigos empiezan a empujarse para bajar en el ascensor todos a la vez. Justamente, como no podía ocurrírsele de otra manera a las inamovibles fuerzas del universo, me toca estar apretado contra tu bikini. El mismo bikini que perdías, noche tras noche, el verano pasado en tu piscina. Y veo en el espejo tu fina y tersa tripa unos instantes. Cómo me gustaría dar vueltas por ahí con mi lengua durante horas. Enseguida miro hacia otro lado, aunque los ojos los sigo teniendo abiertos como platos. No sé si me has visto. No sé si has notado nada. Tampoco quiero saberlo. De repente empiezas a mover tu culo suavemente contra mi polla, y me empiezo a sorprender y empalmar a partes iguales. Paras, y respiro aliviado. Y vuelves a hacerlo otra vez. No quiero saber si lo haces a propósito o es por estar todos tan apretados. De fondo los oigo gritar y hacer el tonto, y me empujan contra ti. Paras de moverte y se me queda la polla pegada a la tripa y contra tu espalda, entre los dos. Sé que ahora la estás notando. Me acerco a tu cuello y, entre soplido y soplido, pronuncio lentamente las dos sílabas de perdón, aunque no sé si consigues entenderme del bullicio que están provocando nuestros amigos. Entonces el ascensor llega abajo, y del frenazo que provoca me da tal gusto que resoplo contra tu nuca, haciendo ondear tu brillante pelo rubio a unos centímetros de mí. Ese mínimo movimiento junto con la evocadora visión de tu cuello ha sido suficiente para dejarme paralizado. Hemos llegado a la calle y la polla me está asomando por el bañador. Por suerte tengo la toalla para que nadie vea mi erección, aunque al salir del ascensor, tú delante de mí, te giras levemente para echar una mirada curiosa. Creo ver que sonrías al volver la cara. Viendo tu culo andando delante de mí, que en mi cabeza mueves de esa manera únicamente para seducirme, me entran unas ganas terribles de bajarme los pantalones, apartarte el bikini, y metértela mientras caminas delante de todo el mundo, aunque sea solo una vez y nadie vuelva a querer verme nunca más. Estoy seguro de que mientras tanto podría susurrarte algo en la oreja para convencerte de que yo y mi pene somos lo mejor para ti, de que nadie te va a follar

nunca con más ganas. El mundo en el que vivimos no tolera esas actitudes y, aunque yo aceptaría tu rechazo y no te forzaría, aun así, pese a mi pacifismo, nadie lo entendería. Nadie excepto tú, estoy seguro. Con esta idea en la cabeza me cabreo y se me baja todo. Pienso en ir a la playa y pasármelo bien.

Una vez allí, tumbados todos en la arena de la playa, veo tus maravillosas piernas al sol, esas que guardas siempre tan apretadas dentro de los estrechos vaqueros azul claro que te pones. Ahora están ahí desnudas para mí. Ahora veo su carne, y sus formas. Son largas y estilizadas, ágiles. Podría follármelas y correrme en ellas, no necesitaría más. Fantaseo con ello, con que a esto también podrías acceder si te lo propusiera, ya que no tendría que penetrarte ni follarte y técnicamente no serían cuernos. ¿Aceptarías? No tendrías que hacer nada y estarías ayudando a que me calmara. Eres tan buena persona que creo que me dirías que sí. Me estoy empezando a volver loco y me están entrando ganas de hacerme una paja. Si me fuera a jugar con las olas podría intentar disimular, pero estamos demasiados.

Ya en el agua, todos jugando en círculo a pasarnos la pelota, me encuentro más tranquilo. Estás lejos, no te tengo al lado ni rozándome. De repente, la pelota se dirige al centro del círculo y voy hacia ella para que no caiga. Al saltar para golpearla veo tu cara, que se dirige hacia mí sonriente. Instintivamente, en el vuelo, miro hacia abajo: quiero verte las tetas dentro del bikini lo más posible, quiero recordar cómo son. También miro más abajo. Como un desesperado me intento aprovechar de esta oportunidad azarosa para ver partes de tu cuerpo que no debería estar mirando. Amortiguo mi caída para no hacerte daño. Y entramos juntos al agua, casi como abrazados. En unos instantes que parecen minutos nos miramos sumergidos, y tú riéndote me acaricias la cara con la palma de tu mano. Yo interpreto eso como una proposición de vía libre y voy directo a la parte de abajo de tu bikini. Te toco un poco por fuera, lo que parece sorprenderte por un segundo y encantarte al siguiente. Entonces meto mi otra mano por dentro apartando un poco el bikini y acercando mi polla sin darme cuenta, que se acaba de poner dura, para metértela. Miro incrédulo cómo entran en contacto nuestras pieles, y entonces me doy cuenta de que podrían estar viéndonos. Rápidamente buceo hasta la pelota y la saco como si nada hubiera pasado, mirando a todos disimulando.

Nadie se ha enterado de nada. Unos están haciéndose aguadillas, otros mojándose entre sí y otros corriendo por la orilla. Están pasándose demasiado bien como para pararse a imaginar que estábamos haciendo algo bajo el agua. Y entonces me arrepiento de no habértela metido, solo un poco, de haberme quedado con un leve contacto de nuestras pieles; porque seguramente no vuelva a tener una oportunidad así otra vez.

Automáticamente, decido irme al piso. Necesito una ducha fría, congelada, y correrme de una vez. Sin mirarte, aviso a todos de que me voy un momento a coger algo. Me dicen que no tarde y emprendo el camino.

Al minuto me sorprendes apareciendo a mi lado:

— ¿Qué haces? - te digo nervioso.

— Nada, que te acompañe si no te importa.

— Ah, no. Da igual, como quieras. No hace falta, ¿eh?

— Ya, pero me apetece caminar un poco.

Seguimos caminando y no volvemos a hablar en todo el camino. Yo tengo la mirada solidificada en el horizonte, y una cara de gilipollas que no quiero que veas y que tienes a tu disposición para mirar, lo que hace aumentar mi estupidez.

Entramos en el recibidor y llamamos al ascensor. Paso yo delante y le das al botón. De repente cierras los ojos, te apoyas contra el espejo y te empiezas a tocar. Me quedo mirándote: ya no me siento tan estúpido. No puedo articular palabra, como en otras ocasiones entre tú y yo. Ya estoy empezando a latir más rápido y a poseerme. Pensar en lo que queda me vuelve loco. Y abres los ojos y me miras. No podemos desaprovechar esta oportunidad de oro. Me vas a dejar que haga lo que quiera contigo hasta que no pueda más. Pienso en la suerte y el privilegio de volver a follarte.

Entramos en casa y, sin saber por qué, comprobamos que todas las habitaciones estén vacías. Nos metemos en cualquiera y rápidamente me empujas a una silla para sentarte encima de mí, a la vez que me metes la lengua como nunca me la habían metido antes, instante en el que pienso lo que me gustaría meterte mi polla por el mismo sitio. Pero justo antes de caer sobre mí descubres que ella ya está dura, dura como una piedra, y preparada para ti, para barnizarse por el interior de tu vagina, y casi queriendo explotar ya.

Notas su deseo, sientes su poder, y cómo ella gobierna a su dueño, que ya no controla nada desde que la has despertado para hacer lo que tú le mandes, que es tu esclava, y su vida y muerte dependen de ti. Sabes que ya está preparada, que ya podría estar ella dentro de ti, moviéndose arriba y abajo, dentro y fuera, que no han pasado ni unos segundos y ya podría metértela toda. Al mirar hacia abajo ves que ya vuelve a asomar al exterior, por encima del bañador, la punta de mi glande, con ganas agresivas de salir.

En un momento aprovecho bajarte el top y te estoy comiendo las tetas como si fueran una comida más, y realmente pudiera morderlas y quedármelas dentro de mí. Acariciándome la cabeza, en la medida que puedes, te sientas del todo encima de mí, liberando así, sin querer, toda la polla, y dejándola al descubierto, con el bañador a la altura de los huevos, apretándolos y levantándolos hacia arriba. Todo mi pene está fuera, y ya puedes apreciar lo duro y erguido que lo tengo. Te has dado cuenta de lo que has hecho y no puedes evitar que tu mano vaya hacia él, para apretarlo, sintiendo ya totalmente su dureza y solidez. Lo agarras y empiezas a subir y bajar. Deseas que esté dentro de ti, que te lo meta sin parar, y que se quede ahí, una eternidad, o dos, o más tiempo aún; pero ahora mismo no puedes soltarla y seguir haciéndome una paja mientras te sigo comiendo las tetas.

Durante unos minutos, que pasan como un suspiro, intentas hacerla crecer y endurecerse lo más posible, ni un poquito la querrías por debajo de su capacidad. La preparas con gusto para cuando vaya a estar dentro de ti. Yo me dedico a clavarte mis dientes en el cuello una y otra vez, y una y otra vez tú lo apartas cuando empiezas sentir demasiado dolor, pero una y otra vez lo vuelves a poner para mí y lo estiras para que yo pueda morderte cuanta más carne mejor.

Mides, con la fuerza de mis dientes, lo cachondo que me estás poniendo con la paja y, cuando ves que me estoy pasando y te estoy haciendo demasiado daño, empiezas a usar la otra mano también para moverla por debajo, tocando y acariciando todo lo que encuentra a su paso, mientras con la primera no paras de hacer engordar a mi ya enfurecido pene. Consigues así que sea incapaz ni siquiera de morderte como un animal. De repente, aunque sigues acariciándome con una mano, sueltas la otra de mi pene, que por arte de magia se endurece un poco más. «Ahora , ¿qué?», dice la expresión de tu cara. Y la respuesta es que vuelves a cogerme la polla con la mano, desde arriba, y bajas de golpe hasta abajo. En cuanto cierro los ojos tienes ya mi polla en tu boca y me empiezas a chupar con los labios la punta mientras subes y bajas con la mano. Dos minutos después te cojo en brazos, dándonos la vuelta y tirándote en la cama. Casi antes de que caigas solo puedes ver el pelo de mi cabeza, porque ya estoy entre tus piernas y mi lengua se está abriendo paso por el océano que se está derramando en tu coño.

Durante varios minutos, en los que tú no me tocas a mí excepto para arañarme la espalda de vez en cuando, consigues que mi polla siga igual de dura, solo con la ayuda de tus gemidos.

Cuando parece que no vas a tener fuerzas para más, consigues, sin que me dé tiempo a darme cuenta de cómo, ponerte encima. Nos caemos al suelo, con mi espalda apoyada en la cama, y cuando nos damos cuenta ya está dentro.

A mí siempre me ha sorprendido cómo se desliza cada vez que se acerca a la entrada; se desliza sola, atrayéndose, como si hubiera un imán que al acercarse le hiciera resbalar dentro. Estás siempre demasiado mojada que de repente ya está ahí. Y a ti siempre te han gustado esos agradables sustos que te provoca toda esta situación.

Sintiendo el primer azote nos quedamos unos instantes parados, hasta que la energía se ha expandido por cada parte del cuerpo. A la primera penetración le siguen unos minutos de movimientos lentos y suaves, que tú cada vez comienzas desde un poco más arriba y más rápidamente. Mientras soy capaz, yo te ayudo con las manos, agarrándote del culo, del muslo, de la cintura. Al final, mirándome obsesivamente, vas subiendo y dejándote caer sobre mí, repitiendo este movimiento hasta que me dejas paralizado y lo único que puedo hacer es seguir con mi mirada fija cómo subes y bajas, apoderándote de mí, con las uñas rasgando las sábanas.

De repente me abrazas, te acercas a mí y huelo tu pelo. Te encanta que me ponga como un perro loco cuando te huelo y jadeo como si no hubiera follado en años, tanto que se me mete tu pelo por la boca. Tú te metes en mi cuello y me empiezas a chupar y lamer. Seguimos así, pero no mucho rato.

Y entonces, ¿qué?

Hemos cometido el error de acabar esto, de llevarlo al final, aunque queríamos que durara para siempre. No fuimos capaces de evitarlo. Volveremos a ello, a ponernos y a desear que nunca acabe, para volver a acabarlo. No hay por qué preocuparse, somos humanos. Seguro que volvemos a cometer el mismo error.

No, aún no...

El domingo fue a visitar a sus padres, decidido ya a reventar de una vez la televisión de la casa, pero en cambio los saludó, comió y se sentó a verla junto a ellos toda la tarde, como su madre le sugirió. Unas horas después, cuando empezó a anochecer, miró el reloj y fue a decirles que se iba, pero vio que estaban dormidos. Le sobrevino entonces la idea de aprovechar ese momento para destrozar el aparato, que seguía vomitando mierda, pero no tuvo valor más que para apagarla. Los dejó durmiendo y se fue. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta de casa, oyó a su madre pronunciar lentamente, a duras penas, con voz de ultratumba, los ojos aún cerrados: «No..., no..., la tele..., la tele...»

Ayer salí

Ayer lunes salí.

Desnudo.

Eran las dos de la madrugada.

Anduve media hora.

No hubo ruidos.

Extrañado.

Seguí otro rato.

Sirenas a lo lejos.

Me colé en un portal.

Bajé al garage.

Intenté abrir los coches. Solo entré en tres.

En uno me quedé dormido.

En otro despierto. Eran asientos de cuero.

El tercero tenía las llaves puestas.

Arranqué, revolucioné a fondo y apagué.

Un sonido me asustó. Era un sms.

Seguía desnudo, claro.

Me fui. A la calle.

Un gato pasó por delante.

Salté la valla de una urbanización privada.

Salía luz de una ventana.

Esperé mirando hasta que se apagó.

Ya no había nada.

Meé. Cagué. En el jardín.

Oí ruidos fuera.

Pude seguir el rastro.

Resultaron ser más gatos.

Eran más de las cuatro.

Iba aún desnudo, claro.

Apareció un vagabundo.

Le pregunté algo.

Ni me veía.

Iba borracho.

Me fui. Hacia casa.

Subí al ascensor.

Me quedé una hora.

Tres o cuatro siestas.

Me despertaron las puertas.

Reaccioné a tiempo.

Puse en medio la pierna.

Pulsé el quinto.

Qué vergüenza.

¿Habría alguien justamente en mi piso?

Seguía desnudo, claro.

23 de marzo de 2016

Esta tarde me he sentado en un banco de la plaza. En un despiste mi mirada se ha cruzado con la de un señor que había por ahí. Me ha preguntado si podía hablar conmigo. Se ha puesto enfrente. Ha hablado durante un cuarto de hora, bastante enfadado, contándome historias sobre su oscuro pasado y la gente que le había jodido a lo largo de su vida. Lo más peculiar que ha dejado entrever ha sido que en su juventud había follado con hombres, que había sido delincuente y que había tenido cómplices policías —no he entendido exactamente para qué—. A mí no me apetecía hablar. Después se ha sentado y ha seguido hablando unos veinte minutos aproximadamente. El tono y el contenido de su conversación han dado un giro. Entonces hablaba sobre su historial laboral, su presente y futuro, y a veces sonreía. También ha dicho que tenía por costumbre beber vino en grandes cantidades. A mí me seguía sin apetecer hablar, una situación con la que el hombre estaba encantado. Se ha puesto de pie como si se fuera a ir, pero primero ha pasado diez minutos ampliando su biografía. En esta última fase intentaba hacer bromas, aunque eran malísimas, y se reía lenta y misteriosamente. No me enteraba mucho, porque me he quedado muy concentrado mirando la línea donde el sol se convertía en sombra, que se acercaba peligrosamente hacia mí.

Basado en hechos reales

X + Y

xmasy.net